

MARCO VICHI

El comisario Bordelli

Traducción de Cristina Zelich



Duomo ediciones

Barcelona, 2016

A Véronique

Haber vencido en la tierra sólo satisface a los grillos.

DESCONOCIDO DEL SIGLO XXI

Florenxia, verano de 1963

El comisario Bordelli entró en su despacho a las ocho de la mañana, después de una noche casi sin dormir, dando vueltas entre las sábanas empapadas de sudor. Era final de julio, días de bochorno, sin un soplo de viento. Por la noche el aire era todavía más húmedo y malsano. Pero, al menos, la ciudad estaba desierta, poquísimos coches, el silencio era casi total. En cambio, las playas eran ruidosas, estaban llenas de gente pelada. Cada sombrilla con su radio, cada niño con su cubo.

Incluso antes de sentarse, Bordelli vio sobre la mesa de despacho un folio escrito a máquina, estiró el cuello para ver de qué se trataba. Notó que estaba escrito con gran precisión, limpio, ordenado, las rayas bien alineadas, sin tachaduras. Se sorprendió al ver que era un acta. No conocía a nadie en la comisaría que fuese capaz de hacer un trabajo de este tipo. Había empezado a leer cuando llamaron a la puerta. Asomó la cabeza redonda de Mugnai.

–Le llama el doctor Inzipone, comisario –dijo.

–Maldita sea... –exclamó Bordelli, agitándose.

El doctor Inzipone era el jefe de policía. Le llamaba siempre en el peor momento. Menos mal que, también él, estaba a punto de irse de vacaciones. El comisario se levantó de la silla profiriendo un estertor y fue a llamar a la puerta del despacho del jefe. Inzipone lo recibió con una extraña sonrisa.

–Siéntese, Bordelli, tengo algo que decirle.

El comisario se sentó sin entusiasmo y se puso cómodo. En cambio, el jefe de policía se levantó y se puso a caminar por la habitación, con las manos entrelazadas a la espalda.

–Quería charlar con usted sobre la redada del viernes –dijo.

–Hice que ayer prepararan el informe.

–Lo sé, lo sé, ya lo he leído. Sólo quería decirle un par de cosas.

–Dígame.

–Seré claro, Bordelli. Siempre se lo digo, es usted un óptimo policía, pero su concepto de justicia, digámoslo así, es más bien peculiar.

–¿En qué sentido?

Inzipone hizo una pausa para dar con las palabras adecuadas, se puso a mirar por la ventana de espaldas al comisario.

–En el sentido de... de que existen leyes, querido Bordelli, y de que a nosotros nos pagan los ciudadanos para que hagamos que se respeten. No podemos hacer lo que nos place, no podemos escoger en qué momento aplicamos o no las leyes.

–Entiendo –dijo Bordelli, tranquilo. No aguantaba más tanta palabrería, ni ese modo un poco falso de decir las cosas. Inzipone se dio la vuelta para mirarle.

–En la redada del viernes, usted dejó que varios delincuentes se escapasen –dijo secamente.

–No es posible ser siempre perfecto.

–No, no, Bordelli, usted no me ha entendido o, mejor dicho, me ha entendido perfectamente. No se le han escapado, les dejó libres a propósito, después de haberles arrestado.

–Será cosa de la edad...

Inzipone suspiró y de nuevo se puso a deambular por la habitación.

–Un ladrón siempre es un ladrón, Bordelli, es cosa del tribunal decidir la pena. ¿No cree que Robin Hood está un poco pasado de moda?

Bordelli empezó a notar un extraño hormigueo en las manos.

–Doctor Inzipone, nosotros estamos aquí para hacer que se respete la ley, y esto está claro, pero por ahora no sé de ninguna ley que asegure la supervivencia para todos.

–La política no tiene nada que ver con esto.

–¿Política? El que come de ello se pasa la política por el forro.

–No sea siempre tan vulgar, Bordelli.

–¡Oh!, perdone. Creía que la vulgaridad era otra cosa.

–Aquí se trata sólo de cumplir o no cumplir cada uno con su deber.

–También tengo deberes conmigo mismo.

–Lo entiendo. ¡Pero no puede decidir que unos ladrones se escapen!

–No he dejado escapar a ningún ladrón, sólo he dejado que se fuesen unos desgraciados.

–Justamente, esto es lo que quiero decir, usted no puede decidir...

–Yo voy a decirle algo, doctor Inzipone: cuando regresé de la guerra tenía la esperanza de haber contribuido a liberar Italia de la mierda, pero en cambio no dejo de ver montañas de mierda por todas partes...

–Todos conocemos sus grandes méritos de guerra, Bordelli.

–Deje a un lado las tonterías. Incluso usted sabe que estamos peor ahora.

–Está usted exagerando...

–Detesto las redadas, doctor Inzipone, me recuerdan los

rastreos. Pero si debo hacerlo, puede estar seguro de que no meteré en la cárcel a quien tiene hambre.

Inzipone estiró los brazos, resignado.

–Con usted, Bordelli, he tenido que hacer la vista gorda muchas veces. Empiezan a ser demasiadas.

–¿Qué debo decir? ¿Que seré bueno? Es decir, ¿que seré duro con los desgraciados?

–Usted, Bordelli, tiene la habilidad de encontrar siempre las palabras más irritantes.

–Créame, no lo deseo. ¿Puedo marcharme? Tengo un par de mendigos para colgar por el cuello.

Inzipone le miró fijamente, apretando los dientes. Sabía que no podía hacer mucho contra los sistemas de Bordelli porque era un excelente comisario, porque la comisaría al completo le apreciaba y porque todos sabían que al fin y al cabo él tenía razón. Había demasiada miseria por todas partes.

Bordelli regresó a su despacho. Unos minutos después Mugnai volvió a llamar a la puerta.

–¿Café, comisario?

–Sí, gracias. Escucha, ¿quién ha escrito esto? –preguntó, alzando la elegante acta que había encontrado sobre su mesa.

–Uno nuevo, comisario. Se llama Piras.

–¿Sardo?

–De la cabeza a los pies.

–Envíamelo, por favor.

–¿Enseguida o con el café?

–Con el café.

–Bien, comisario.

Mugnai desapareció. Antes de ponerse de nuevo a leer el acta, el comisario abrió la ventana y ajustó la contraventana.

Como cada verano, pensó que sería maravilloso si todos los veraneantes hubiesen decidido en masa no volver nunca más a la ciudad. Hubiese habido paz para siempre.

Volvió a sentarse y cogió el acta. La leyó de un tirón, recorriendo velozmente las líneas. Se trataba de un accidente de coche. Normalmente, estos casos se los llevaban a Vaccarezza, pero en agosto la comisaría estaba medio vacía. Bordelli evita irse de vacaciones en este periodo. Prefería combatir contra los mosquitos en la ciudad desierta que encontrarse solo como un perro en los lugares concurridos de vacaciones, sintiendo encima un continuo y melancólico deseo de regresar a casa para hallar un poco de paz. Y por este motivo podía suceder que le dejasen sobre la mesa incluso el acta de un banal accidente de coche.

Volvieron a llamar y se abrió la puerta. Era un joven al que Bordelli nunca había visto, con una tacita en la mano.

—¿Me ha llamado, comisario? —La cadencia era la típica de los sardos, rebotaba fiera, casi agresiva.

—¿Tú eres Piras?

—En persona.

—Ven...

Era joven, con un rostro bello y huesudo. Dos ojos negros intensos, bajo, pero bien formado. En conjunto, resultaba una figura que inspiraba simpatía.

—Mugnai me ha dicho que le traiga esto —dijo, señalando el café.

—Gracias. —Bordelli seguía observándole.

Piras dejó la tacita sobre la mesa y permaneció en pie.

—¿De dónde eres, Piras? Quiero decir de qué parte de Cerdeña.

—De la provincia de Oristano.

—Y en concreto, ¿de dónde? Pero no te quedes ahí de pie, siéntate.

–Gracias, comisario. Soy de Bonarcado.

Bordelli se inclinó hacia delante y le miró directamente a los ojos.

–Piras de Bonarcado... No me digas que tu padre se llama Gavino.

–Exacto, comisario, se llama Gavino.

El comisario se pasó la mano por la cara, sacudiendo la cabeza.

–No es posible –dijo para sí.

–¿Algo va mal, comisario? –preguntó Piras, preocupado.

Bordelli no respondió. Por un momento permaneció con la vista fija en el vacío, con aire ausente. Después abrió un cajón de la mesa y empezó a hurgar con ambas manos en busca de algo. Finalmente lo encontró, era una fotografía. La apoyó sobre la mesa y girándola con dos dedos la empujó hacia Piras: tres soldados de uniforme, de medio cuerpo, con las cabezas juntas una contra otra, sonreían. Piras dilató los ojos.

–¡Pero éste... es mi padre!

–Exacto, tu padre es –respondió Bordelli, imitando el hablar sardo.

–Entonces usted... es aquel Bordelli que le salvó la vida –dijo Piras, emocionado. El comisario se avergonzó como un niño.

Piras cogió la foto y siguió mirándola, incrédulo. Tenía una ligera sonrisa que le cortaba los labios limpiamente.

–Cuando se lo cuente a mi padre... –dijo.

–Envíale la foto –dijo Bordelli.

–Gracias, comisario. Mi padre se alegrará. –Piras volvió a mirar un instante la fotografía y la guardó en su bolsillo. Bordelli suspiró.

–Cuéntame, ¿cómo está Gavino?

–Está bien, comisario, todavía es fuerte como un toro.

–Seguramente él nunca te lo ha dicho, porque siempre fue

modesto, pero era uno de los mejores. Siempre le llevaba cuando íbamos a patrullar. Era silencioso y estaba atento como un gato, nos hablábamos con los ojos. Olía a los alemanes como si realmente sintiese el mal olor, veía las columnas de transporte nazis cuando nosotros todavía ni siquiera habíamos oído el ruido.

El comisario pensaba también en el brazo que Gavino se había dejado entre las ortigas por culpa de una mina, justo al final de la guerra, pero no era capaz de hablar de ello. Le hubiese gustado saber si su viejo amigo tenía problemas económicos para poder ayudarle, pero no quería correr el riesgo de ofender al hijo.

–Y ahora, ¿qué hace? –preguntó.

–Trabaja de bedel en una escuela, pero en cuanto puede se escapa a su trocito de tierra para hacer de campesino y hablar con sus animales.

–¿Qué tipo de animales?

–Cerdos, ovejas, gallinas, conejos, palomas, incluso tiene una tortuga. Él les habla como si fueran cristianos.

Bordelli se sintió aliviado.

–También entonces le gustaban los animales. ¿Alguna vez te contó que durante los dos últimos años de guerra llevaba un ratón en el bolsillo? Hasta le puso nombre...

–Se llamaba Gioacchino. Lo trajo a casa, murió cuando yo tenía tres años. –Hablaron del pasado, de la guerra y de Gavino durante más de media hora.

Piras tenía dieciocho años. Por lo que se veía, Gavino no había perdido el tiempo, enseguida tras su regreso se había casado con su antigua novia y se había empleado a fondo. Para hacer un hijo no necesitaba dos brazos, y después del primero, hizo otros cuatro. Al final Bordelli suspiró con nostalgia. En aquel momento se sentía muy viejo.

–¿Tu padre tiene teléfono? –preguntó.

–No, comisario, hago que el cura le avise.

–Cuando hables con él, abrázalo de mi parte y dile que me gustaría volver a verle.

–Gracias, comisario.

Bordelli pensó que volver a ver a Gavino Piras hubiese sido como regresar a primera línea, y sintió al mismo tiempo una gran tristeza y un gran placer. A través de la contraventana ajustada se filtró una corriente de aire caliente que le envolvió el rostro, y sintió la frente cubierta de un pesado sudor.

–Ahora vamos a lo nuestro, Piras. –Con el índice golpeó el acta–. Has escrito esto...

–¿Está mal?

El comisario se rascó la nuca.

–No, al contrario, un buen trabajo. Apuesto que ya de niño querías ser policía –dijo Bordelli sonriendo. Piras no se rio.

–Siempre me ha gustado descubrir lo que se esconde detrás de las cosas, sobre todo cuando a primera vista parece todo normal.

–A mí me sucede lo mismo, Piras. Somos dos condenados.

–Piras apenas esbozó una sonrisa sólo con los ojos, el resto de su rostro permaneció de piedra. Debía de ser muy difícil verle reír de verdad.

Se quedaron en silencio durante unos segundos escuchando una sirena en la lejanía, hasta que el último gemido se confundió con el zumbido de un moscardón incapaz de encontrar paz. Hacía mucho calor, un calor de los que frenan los procesos mentales. Bordelli sintió una gota de sudor que le resbalaba por el costado y se recobró.

–¿Qué te gustaría hacer en la policía? –preguntó al muchacho.

–Homicidios –dijo Piras, con decisión.

–Lo imaginaba.

–Ahora me marchó, comisario. Debo salir con el coche.

–Que tengas un buen día.

Piras le dio las gracias y salió de la habitación con paso preciso, sin ni siquiera un hilillo de sudor. Bordelli tenía la camisa empapada, pegada a la espalda, y envidió al sardo de todo corazón. Se acordó del café y se llevó la tacita a los labios. Estaba asquerosamente templado, pero lo bebió igualmente.

Rodrigo vivía en la avenida Gramsci, en la franja decimonónica que había crecido sobre el trazado de las murallas renacentistas después de su derribo. Grandes avenidas y ninguna tienda. El comisario Bordelli llamó al timbre y esperó. Su primo trabajaba por las tardes en casa y le costaba despegarse de su mesa de trabajo. Enseñaba química en el instituto y veía el mundo a través de fórmulas. Continuamente ponía deberes en clase y se pasaba las tardes corrigiendo. En agosto, mientras todos se iban de vacaciones, Rodrigo seguía corrigiendo verdaderas avalanchas de deberes que pondría delante de las narices de sus alumnos el primer día de clase, en octubre.

Cuando eran niños, él y Bordelli se detestaban en silencio. Bordelli tenía dos años más y asustaba a Rodrigo con sus chismes. A pesar de ello, les hacían jugar juntos y nunca faltaban los golpes. De jóvenes habían coincidido algún verano en la misma playa. Sus padres les mandaban al mar a pescar, y a Bordelli se le ocurría con frecuencia ahogar a su primo. Con veinte años, gracias a Dios, se habían perdido de vista, pero volvieron a encontrarse la primera Navidad después de la guerra. Se dieron la mano y comprendieron definitivamente que eran distintos. Ninguno se había casado, pero por razones diferentes, el comisario porque esperaba la mujer adecuada y Rodri-

go por miedo a gastar demasiado, en todos los sentidos. A partir de aquella Navidad, tres o cuatro veces al año se buscaban, nunca con un motivo preciso, como si de vez en cuando tuviesen que palpar aquella diversidad abismal, para confirmarla o por amor al desafío. Se separaban contentos de no parecerse. Para Bordelli era un alivio constatar cada vez que no todo el mundo era como Rodrigo, y Rodrigo proclamaba abiertamente que la cabeza de Bordelli era absolutamente extraña. Pero no se odiaban; no podía suceder porque estaban demasiado alejados. Más bien, a su manera, estaban unidos, aunque ni uno ni otro lo hubiesen admitido jamás.

Bordelli volvió a tocar el timbre y finalmente Rodrigo se asomó a una ventana del cuarto piso. Vio a su primo policía y permaneció mirándole con una inmovilidad desafiante. El comisario le hizo señas de que abriese, pero el otro no se movía y seguía observándole. Después vio cómo desaparecía, y al poco oyó el ruido de la cerradura del portón. Subió los escalones de piedra, sintiendo en la nariz el olor de los muebles y de las tapicerías viejas, típico de aquel edificio. En el cuarto piso la puerta estaba abierta y nadie le esperaba. Entró y notó con placer que hacía fresco en el apartamento. Rodrigo estaba sentado en el salón con la pluma en la mano, evidentemente una pluma roja. Ni saludó ni alzó los ojos. Bordelli se sentó en el borde de la mesa de despacho.

–Bueno, ¿qué tal, Rodrigo?

–Te has sentado encima de los deberes que están por corregir.

–¡Oh! Perdona. ¿Dónde los dejo?

–Si los he dejado ahí, es que ése es su sitio. –Hablaba deprisa, sin parar de corregir, con los ojos fijos en la hoja. Bordelli se levantó y volvió a colocar todo en su sitio.

–Preparo un té, ¿quieres? –preguntó con mucha amabilidad.

–La mujer ha limpiado la cocina hace dos horas –dijo Rodrigo, sin alzar la mirada.

–Sí, ¿y qué? ¿No volverás a cocinar?

–Vale, haz ese té. –Parecía realmente una gran concesión.

–¿Limón o leche? –dijo Bordelli.

–Leche.

–¿Azúcar?

–No. En el armario de la derecha hay miel.

–¿Cuántas cucharadas?

–Dos. Quiero decir dos cucharaditas.

–Entendido.

–Quisiera un poco de silencio.

–Seré como una tumba.

Resultaba extraño hablar con alguien que corregía fórmulas sin mirarte a la cara. Bordelli pensó en volver a molestarle preguntándole qué taza quería, si quería una servilleta y de qué tipo, si de papel o de tela, y otras cosas parecidas, pero no lo hizo. Fue a la cocina a preparar el té e intentó ensuciar lo menos posible. Volvió con las tazas en la mano y encontró a su primo en el mismo lugar. En aquella posición, Rodrigo parecía de mármol. Con la vista fija en la hoja, sólo disfrutaba cuando podía hacer enormes trazos con su pluma roja. Bordelli puso el té de Rodrigo sobre la mesa, en un punto al azar, justo en el momento en que su primo dibujaba un gran trazo rojo.

–¿Otro error? ¿Son grandes o pequeños? –preguntó. Por fin, Rodrigo levantó la cabeza y le miró.

–Quita de aquí enseguida esta taza mojada –dijo fríamente.

–Es tu té.

–Quita enseguida esta porquería, deja un cerco sobre mi agenda.

–No es para tanto; de todos modos, a final de año la tendrás que tirar.

Rodrigo exhaló un suspiro de paciencia y decidió intervenir personalmente. Dejó la pluma roja, levantó la taza y secó la cubierta de la agenda con una servilleta de papel; la arrugó formando una pelota y la tiró a la papelería situada debajo de la mesa de despacho. Bordelli siguió cada movimiento con mucha curiosidad. En cierto modo, esta precisión lo fascinaba, parecía derivar de algún tipo de locura. Rodrigo se enderezó y esbozó una sonrisa con la intención de transmitir calma y serenidad.

–¿Por qué estás aquí? ¿Tienes algo concreto que decirme?
–dijo.

–No, ¿por qué? ¿Lo parece?

–Tanto me da. ¿Por qué has venido?

–Para charlar.

–Bien. Hagámoslo. –Rodrigo se cruzó de brazos para demostrar que suspendía las correcciones. Bordelli se sentó cómodamente en una silla y, con el té en equilibrio sobre el muslo, encendió un cigarrillo.

–Venga, Rodrigo, ¿qué tal? –dijo esbozando una sonrisa. Rodrigo se puso en pie y dilató los ojos.

–Apaga enseguida ese cigarrillo asqueroso –dijo con rabia contenida.

–No veo ningún cenicero.

–¿Sabes que el olor a tabaco tarda una semana en desaparecer?

–Juro que no lo sabía. –Bordelli aspiró con fuerza, como si fuese la última calada, y con la mirada pidió de nuevo un cenicero. Rodrigo abrió una vitrina y sacó un platito recuerdo de Pompeya, se lo puso delante aparrándose rápidamente. Bordelli aplastó el cigarrillo casi entero.

–Resumiendo..., dejando a un lado el cigarrillo, ¿cómo estás?, ¿qué tal te va? –dijo. Rodrigo se había sentado de nuevo

frente a la mesa de despacho, pero parecía algo más dispuesto a charlar, aunque fuese a la fuerza.

–Sí, bien, no va mal. ¿Y tú? –dijo.

–Una mierda, Rodrigo, me va fatal... ¡Oh! Perdona, ya sé que las palabrotas te molestan.

–No importa –dijo con comprensión.

–En resumen, es todo una mierda... Tengo cincuenta y tres años y cuando regreso a casa no encuentro a nadie que me esté esperando.

–Si vives solo, está claro que no encuentras a nadie esperándote.

–No quería decir eso.

–Y entonces, ¿por qué no hablas claro?

–¡Jesús...!

–¿Qué te pasa ahora?

–Nada, nada... Dime, sigues con aquélla... ¿Cómo se llamaba?

–¿Qué tiene ella que ver? Además, no me gusta cómo te expresas.

–¿Alguna vez has entendido por qué motivo te gusta tanto corregir los errores de los demás?

–Has vuelto a cambiar de tema...

–Sólo sentía curiosidad por saber por qué te gusta tanto corregir los errores de los demás.

–¿Es algo malo?

–Venga, sé bueno, sólo intento hablar de algo.

–Hablar, ¿de qué?

–De cualquier cosa que pueda durar más de dos frases.

–Quizás no tengamos nada que decirnos.

–Dos personas que no tienen nada que decirse pueden hablar igualmente.

–Esta afirmación es absurda.